



G. Staal

Imp. F. Chardon au N. r. Boulevard Paris.

W. J. Edwards.

VALENTINA DE MILAN.



un cuerdo reinado, pasajero alivio de sus largas desdichas, sucedió en Francia otro reinado que, manifiestamente bajo los truenos suspirios de la desgracia, pronosticó desde luego males de grande y terrible carácter dramático espectáculo el de los últimos años del siglo. El historiador no encuentra en él mas que desdichas, guerra que torce la vista; en palacio crímenes, en la familia vicios, agitaciones en lo público como en lo privado, sangrientas rivalidades, guerras destructoras, la anarquía en su apogeo, el trono degradado, el país voraz, y pesando sobre él á un tiempo la peste, el hambre, y cuantas calamidades son imaginables. Jamás fué la historia tan terrible, ni las revoluciones mas implacables: y sin embargo en medio de aquel trágico torbellino de plagas, vense caminar y desenvolverse ya juntos ya separados, el amor y el crimen, matanzas y fiestas, la justicia con todos los desórdenes del mundo real, la novela con las extravagancias del ficción, la imaginación idealizando el delito, este pervirtiendo á la imaginación. Todo por decirlo así, es de la casualidad eschivo; todo se abisma en el caos; y en aquel pélagos



VALENTINA DE MILAN.



un cuerdo reinado, pasagero alivio de sus largas desdichas, sucedió en Francia otro reinado que, inaugurándose bajo los funestos auspicios de la demencia, pronosticó desde luego males sin cuento. ¡Sombrio cuanto dramático espectáculo el de los últimos años del XIV^o siglo! El historiador no encuentra en él mas que desdichas, donde quiera que torne la vista: en palacio crímenes, en la familia vicios, ignominia en lo público como en lo privado, sangrientas rivalidades, guerras destructoras, la anarquía en su apogeo, el trono degradado, el país yermo, y pesando sobre él á un tiempo la peste, el hambre, y cuantas calamidades son imaginables. Jamás fué la historia tan terrible, ni las revoluciones mas implacables: y sin embargo en medio de aquel trágico torbellino de plagas, vense caminar y desenvolverse ya juntos ya separados, el amor y el crimen, matanzas y fiestas, la historia con todos los desórdenes del mundo real, la novela con las extravagancias del ficticio, la imaginacion idealizando el delito, este pervirtiendo á la imaginacion. Todo por decirlo así, es de la casualidad esclavo; todo se abisma en el caos; y en aquel piélago

de miserias lo que únicamente sobrenada es el libertinage con sus frenéticas orgías.

Presa de invencible repugnancia ó de inmensa piedad en presencia de tan asqueroso cuadro de brutal barbarie y de salvages bacanales, busca el alma contristada ansiosamente algun punto en que reposar los ojos de tales horrores, y fijalos hasta con gratitud en la suave pura imágen de Valentina de Milan, esposa del Duque de Orleans, como tal infeliz, pero siempre fiel á su marido como á su Rey, y cuyas virtudes y belleza, derraman algunos rayos de nítida luz en el sombrío conjunto de aquella trisísima época.

Pertenecia Valentina á la ilustre familia de Visconti que, durante dos siglos dió Jefes y Señores á Milan, y que largo tiempo fué cabeza del poderoso bando de los Gibelinos, uno de aquellos dos cuyas luchas incesantes ensangrentaron la Italia por espacio de cuatrocientos años. Ya en el XI^o siglo hace la historia mencion de algunos notables Viscontis; mas la grandeza de aquella casa data de Othon, que en el año 1268 ocupó la suprema magistratura de Milan.

Como hija del Duque Juan Galeazo Visconti, y de Isabel de Francia, cuya mano otorgó su padre el Rey Juan al Príncipe italiano para obtener de él cuantiosos pecunarios subsidios en uno de sus muchos apuros, era Valentina, por consiguiente, de la real sangre francesa. Pocos datos suministra la historia en cuanto á su vida: pero sus largas desdichas provocan inevitablemente un tierno interés; y al encontrarla figurando en muy dolorosas escenas, sin que ni la calumnia misma osara manchar su nombre con acusaciones como las que oscurecen las mas de las reputaciones de la época, imposible es no confesar que debió su virtud de conservarse inmaculada en medio de aquella atmósfera de vicios y de crímenes.

Carlos V, cuyo reino pasó rápido como bienhechora ráfaga por el desierto, dejó en pos de sí dos hijos y una hija: Carlos, Luis, y Margarita; el primero contaba apenas doce años cuando ciñó la corona bajo el nombre de Carlos VI; el segundo, Luis, tomó el título de Duque de Orleans, y de él y de Valentina de Milan procede la rama de la regia estirpe francesa, que aun conserva por apellido aquel dictado.

Saludaron los pueblos con gritos de júbilo y expresiones de amor el

advenimiento del Rey niño, extendiéndose su entusiasmo igualmente á su menor hermano. En ambos se complacia la nacion en ver dechados de virtud y gracias; los coronistas no acaban nunca de estampar la multitud de faustos presagios que el nuevo reinado inauguraban; y con aplauso universal era notorio el tierno cariño que á los dos Príncipes entre sí unia. ¿Quién dijera entonces que mas tarde habia Luis de profanar torpemente la santidad del fraternal amor?

Durante la menor edad de Carlos VI asolaron el reino con sus deprecaciones y rivalidades, sus tres tutores y tios paternos los Duques de Anjou, de Berry, y de Borgoña, sin que el de Borbon, tio tambien del Rey aunque por la linea materna, y hombre de estimables dotes, tuviera poder bastante para impedir ó compensar los males de un gobierno faccioso y de una administracion tan injusta como poco inteligente. A los diecisiete años de edad fué Carlos unido en matrimonio á Isabel, hija del Duque Estéban de Baviera, Princesa que solo contaba entonces catorce años, y cuyo advenimiento al trono francés fué para la nacion uno de los mas funestos acontecimientos de su historia.

Celebróse, empero, la coronacion del jóven Monarca con esplendidos festines y magníficos torneos, en los cuales la flor de la Caballería de toda Europa, acudió á disputar en vano el premio del valor y la destreza, á los naturales de la tierra, que, vencedores y por manos de la hermosura coronados, gloriábanse de su ardimiento proclamando que: « Si del infierno » surgiera el mismo Satan, envuelto en sus eternas llamas, y su guante » en la arena arrojara, inmediatamente acudiera algun francés cabalero á cruzar el hierro con *el Malo*, aceptando su reto. »

Por entonces tambien quiso Carlos VI casar igualmente á su hermano, á quien previamente tenia dados inequívocos testimonios de amor en gracias y dones generosos cuanto espléndidos, pero mas propios á excitar que á satisfacer la naciente insaciable codicia de aquel Príncipe. Valentina llevó en dote á su esposo cuatrocientos mil florines de oro, el Condado de Asti, y la expectacion del de *Vertus* en la Champaña, procedente de los bienes dotales de Isabel de Valois, madre de la augusta novia. Celebráronse las bodas en Melun con magníficas fiestas y marciales torneos, durante tres dias, en que el Rey mismo y el Duque de Orleans, quebraron

lanzas como simples caballeros, y dando Carlos ya muestras del insensato ardor con que á placeres y violentos ejercicios estaba en su índole entregarse. Segun las crónicas coetáneas, llenas de curiosos pormenores y de animadas descripciones que, por decirlo así, galvanizan el cadáver de aquella época en la fantasía del lector, los pueblos olvidando pasados y presentes males, con la facilidad que acostumbran, dejáronse ir á la corriente de los cortesanos regocijos, y de buena fe vieron en ellos seguros anuncios de una era de felicidad ó cuando menos de esperanza: mas ¡ay! que en el seno de aquella general infundada alegría germinaba ya el manantial de desdichas sin cuento, que iba pronto á inundar la Francia de cenagosos sangrientos raudales! Termináronse aquellas fiestas, nos dice la crónica, en una noche de máscaras y locura, en que los Grandes del Estado se entregaron á infames goces, « fuente de los sucesivos males. »

La gravedad y la tristeza naturales en el carácter de Valentina eran ya elementos de malestar para ella en una corte tan frívola como voluptuosa, donde tales dotes no podian menos de mirarse como antipáticos contrastes, si no como tácitas reconvenciones: pero á mayor abundamiento poco tardó en revelarse un terrible síntoma de infelicidad doméstica, en la no disimulada inclinacion del Duque de Orleans á su cuñada la Reina. Las primeras voces que revelaron aquel incestuoso amor, anunciaban á la Francia, sin darse de ello cuenta, todos los horrores de la mas sangrienta de las tragedias.

Valentina dió á luz su primer hijo, á quien su padrino el Duque de Bourbon dió el nombre de Carlos; y Luis, aprovechando aquella ocasion, como cuantas se le presentaban, de acrecer á un tiempo sus riquezas y su poder, obtuvo fácilmente de su hermano el Ducado de Orleans á trueque del de la Touraine. Advirtámoslo de una vez para siempre: los placeres y los devaneos, con ser en él continuos, nunca hicieron al Duque olvidar sus dos pasiones capitales, la ambicion y la codicia; y el Rey, ciego en su cariño, jamás dejó tampoco de satisfacerlas ambas en cuanto estuvo á su alcance.

En tanto el abuso de los placeres por una parte, y por otra penas en secreto devoradas, minando rápidamente la salud del Rey produjéronle una grave enfermedad, al salir de la cual y durante su larga conval-

cencia viósele caer en profunda melancolía, cuya fuerza resistió á todo género de distracciones y aun de seducciones. Para distraerle y reanimarle en la apariencia, para otros fines en realidad, renováronse entonces las *Cortes de Amor* de los tiempos ó de los romances caballerescos, y que como es sabido, eran asambleas de ambos sexos, en que el bello predominaba, y en que, no haciéndose mas que discurrir metafísica y conceptuosamente sobre asuntos amorosos, lo que se lograba era, con formas galantes, excitar continuamente los sentidos. La Reina como de razon fué soberana en aquellas cortes; Príncipes y Princesas, con el Duque de Orleans á la cabeza, áulicos y trovadores, completaron aquel singular concilio, en que con la corrupcion mal disfrazada se pretendia curar á un Príncipe por la corrupcion misma estragado. Malo era el remedio, y fué además ineficaz; las raíces de la dolencia del Rey estaban en su corazon demasiado hondas para que la frivolidad pudiese arrancarlas.

Habiase recientemente renovado la tregua con la Inglaterra, y desembarazada por el momento la Francia de enemigos extrangeros, quedóles libre el campo en lo interior á las pasiones facciosas; sin que el nacimiento del primogénito de Carlos VI ni las fiestas con que oficialmente fué celebrado, bastaran á conjurar la fatídica tempestad á estallar pronta; y que comenzó, por decirlo así, con la horrible tentativa de asesinato que á referir vamos.

Cierta noche, poco tiempo después de las fiestas por el nacimiento del Príncipe, saliendo del palacio de San *Pol*, el Condestable Clisson que habia asistido á la cena del Rey, vióse acometido súbitamente en la calle de la Culture-Sainte-Catherine, que confiadamente cruzaba, por una banda de asesinos, que le dejaron por muerto desangrándose en el suelo. Hechas las averiguaciones convenientes supose que el principal culpable era Pedro Craon, amigo del Duque de Bretaña; y que á los estados de este habia huido en busca de un asilo que le fué otorgado. El Rey, en consecuencia y cumplimiento de su palabra á Clisson empeñada, declaró la guerra al de Bretaña, contra el parecer de los Duques de Borgoña y de Berry, sus tíos, pero siguiendo el de su hermano el Duque de Orleans.

Desdichadamente ya entonces no habia ni dignidad ni patriotismo en los consejeros del Monarca, y contagiado el pueblo, como siempre acon-